



## Discurso ideológico y discurso científico: ¿Por qué el discurso ideológico no puede ser científico?

### *Ideological discourse and scientific discourse: Why cannot ideological discourse be scientific?*

Jesús Alcolea Banegas

Facultad de Filosofía i Ciencias de la Educación  
Universitat de València  
Av. Blasco Ibáñez, 30. 46010 Valencia  
[jesus.alcolea@uv.es](mailto:jesus.alcolea@uv.es)

Artículo recibido: 09-11-2018  
Artículo aceptado: 14-12-2018

#### RESUMEN

En el presente trabajo analizamos algunas características del discurso ideológico y se señalan algunas de las muchas y profundas diferencias entre la ciencia y la ideología. Después abordamos las condiciones que habrían de darse para que un discurso ideológico pudiera ser científico, y las razones que avalarían la imposibilidad de que tal discurso fuera científico.

**PALABRAS CLAVE:** ciencia, discurso, discurso científico, discurso ideológico, ideología.

#### ABSTRACT

In this paper I analyze some characteristics of ideological discourse and point out some of the profound differences between science and ideology. Then I address the conditions that would have to be met so that an ideological discourse could be scientific, and the reasons that would support the impossibility of such discourse being scientific.

**KEYWORDS:** discourse, ideological discourse, ideology, science, scientific discourse.

“La ciencia progresa; las ideologías tienden a permanecer inalterables (y a menudo incuestionables)”  
(M. Pigliucci, 2010: 130)

## 1. INTRODUCCIÓN

T. Eagleton (1997: 19) señala que no disponemos de una definición de ideología que se pueda considerar adecuada por los diversos, e incompatibles, significados que se le han adscrito. Por ello, y para nuestro propósito, nos limitaremos a señalar que la ideología está integrada por un conjunto de ideas y creencias que se interrelacionan. En cierto modo, en la ideología vamos de las ideas a los hechos, mientras que en la ciencia vamos de los hechos a las ideas. Lo que diferencia la ideología de la ciencia, o de una cosmovisión, es que está al servicio de un poder —a veces, puede querer hacerse con el poder y mantenerse en él— y su función es la de legitimar ese poder y su existencia (cfr. O. Reboul, 1986: 83). En el discurso ideológico podemos diferenciar entre la racionalidad de su forma y la dudosa racionalidad de su contenido. Es decir, en el marco ideológico podemos mostrar nuestras diferencias de opinión para resolverlas o simplemente discutirlos de modo crítico, como si fuéramos personas libres, pero siempre y cuando no transgredamos el marco, siempre y cuando no escapen al control de la autoridad que autoriza y nos permita pasar a la acción al servicio de un poder. En términos de la posible naturaleza “dialógica” del discurso, es muy importante la “apertura” a lo que dice y pretende el discurso, pero buscando los significados dentro del propio discurso, de manera que esa “apertura” es intratextual, y el discurso determina cómo ha de ser leído, escuchado y entendido. Esto es, quien atiende al discurso debe ser obediente a sus imperativos. De esta manera el poder acaba justificándose recurriendo incluso a los hechos, tratando de mostrar con ello su pretendido carácter como una genuina autoridad científica.

Sin embargo, no cabe hablar de verdad científica en el discurso ideológico, por más que éste pueda tener pretensión de ser, a su vez, un discurso científico. ¿Y por qué no puede serlo? Dicho de otro modo, ¿qué criterios debería seguir para ser científico? ¿Qué podría decirnos sobre la objetividad, sobre la coherencia, sobre la universalidad, sobre la simplicidad, sobre la verificación, sobre su progreso, sobre su revisabilidad, sobre la independencia de sus contenidos? Por ejemplo, ¿podríamos aplicarle a ese discurso el test de Karl Popper sobre su posible falsabilidad —más allá de su presunta verdad—, para someterlo a todos los posibles entredichos que nos ofrezca la experiencia? ¿No es esto lo que justamente falta en el discurso ideológico?

Precisamente, y cuando pensamos en términos de la posible naturaleza “dialógica” del discurso, es muy importante la “apertura” a lo que dice y pretende el discurso, pero buscando también significados fuera del propio discurso, de manera que esa “apertura” es intertextual (cfr. J. Alcolea, 2011b) y el propio discurso sugiere que no contiene la última palabra, que los factores externos a su propia dinámica (hechos, creencias, etc.) también influyen en el proceso interpretativo, en la forma de entenderlo. Esto es, quien atiende al discurso puede disentir del mismo.

Sin duda, como M. Pigliucci (2010) señala, la ciencia, en tanto que actividad humana, puede verse limitada por la ideología de sus practicantes. Sin embargo, ¿no son los criterios referidos más arriba los que salvan precisamente sus producciones para la ciencia? El discurso ideológico goza de una generalidad que es capaz de asimilar o integrar cualquier posible objeción o refutación sencillamente porque su proponente (u oponente) también goza de una determinada ideología o por sus “personales inclinaciones” (Pigliucci 2010: 251). Según esto, ¿no sería cierto que el discurso ideológico tiene la tendencia a permanecer inalterable de manera conservadora y dogmática a través de sus supuestos referentes, mientras que el discurso científico muestra signos de progreso gracias al conocimiento que podemos adquirir de sus referentes reales mientras se mantienen abiertos a la confrontación todos los puntos de vista y sus puntos de partida?

## 2. LA PRESENCIA DE LA IDEOLOGÍA Y LA CIENCIA

La fuerza coactiva que podemos ejercer con el lenguaje en nuestras interacciones es, en general, diferente de la fuerza que puede ejercer la ideología a través del discurso. Es obvio que la ideología del hablante se deja traslucir a través de ese discurso hasta el punto que personas de diferente ideología, pero que comparten un mismo lenguaje, pueden ejercer su influencia de forma diversa y con diferente fortuna. A ello hay que añadir que la ideología de las personas a quienes se dirige el discurso puede favorecer o dificultar su recepción o aceptación. Si decimos a la gente lo que quiere oír, la aceptación del discurso será inmediata. La ideología también nos presiona para que optemos por no decir lo que queremos decir o incluso lo que deberíamos decir (su faceta de ocultamiento). Y también para que nuestras palabras puedan adquirir un sentido u otro (su faceta de desvelamiento), en función del contexto, contexto que claramente permite identificar y delimitar la ideología.

La ideología ha sido descrita y empleada de diversas formas. De hecho, J. Ferrater Mora (1994a) habla de varios sentidos de “ideología”. Vamos a referir algunos,

sobre todo porque algunos proponentes la relacionaron con la ciencia. Uno de ellos fue Antoine Louis Claude Destutt de Tracy (1754-1836), quien con su término ‘idéologie’ [*Eléments d'idéologie*, 1796] remite a una ciencia de las ideas, con base en la investigación empírica, y a las relaciones entre las mismas. Esta ciencia persigue dotar de un nuevo fundamento a la educación, que esté libre de prejuicios religiosos y metafísicos. La ideología está íntimamente ligada a la gramática general, que se ocupa de los métodos de conocimiento, y a la lógica, que trata de la aplicación del pensamiento a la realidad (Destutt de Tracy, 1818).

Otro sentido, que sigue la estela de Hegel y Marx, nos permite identificar el papel de ocultamiento de la ideología, pues una de las acciones más reconocibles como propias de la clase dominante sería la de “ocultar” sus propósitos, sus intenciones, con el fin de “enmascarar” la realidad económica que le favorece y le mantiene en la cúspide del poder económico<sup>1</sup>. Dice Ferrater (1994a: 1748) que las acciones de “ocultar” o “revelar” la realidad o los propósitos por parte de las ideologías se inició en el siglo XIX y algunos filósofos, como Vilfredo Pareto (1848-1923), trataron de desenmascararlas, siendo conscientes de que tras ellas quedan las verdaderas intenciones que suelen ser de carácter irracional e ilógico. Nos interesa señalar que ese pensador parisino llegó incluso a defender que la ideología es “una teoría no científica”, pues lejos de ofrecer “una descripción objetiva de la realidad social”, se limita a ofrecer una interpretación distorsionada y se reduce a un conjunto de normas para proceder a la acción, que puede ser lógica y no lógica. Las acciones lógicas proceden en gran medida de procesos de razonamiento, mientras que las no lógicas tienen raíces, sobre todo, en los sentimientos (1935, §§ 158 y 161). También es interesante mencionar que, para Pareto, las estructuras sociales están envueltas por un tejido de ideación esencialmente distorsionada, cuya fibra fundamental es el lenguaje, ya que éste es el medio habitual para “racionalizar” las acciones humanas (cfr. Berger, 1967: 271) y que, para escapar a su falta de exactitud, debe transformarse en un lenguaje técnico (1935, § 108).

Por otro lado, la ideología remite también a la forma en que la gente habla acerca de su vida en relación con problemas de legitimidad política. En esta línea encontramos el tratamiento a que L. Althusser (1969, 1974) somete la idea de ideología como una categoría psicológica, pero bastante imaginativa, y el posicionamiento de V. Volóshinov (2009) cuando insiste en las relaciones de la ideología con el lenguaje. De hecho, “la

---

<sup>1</sup> Marx también indicaba que la toma del poder por parte del proletariado le sumía en la ideología como instrumento de la lucha. Con todo, una ideología era una imagen del mundo o conjunto de ideas, detentado por un determinado grupo, que es opuesto al mundo real y que la ideología de ese grupo no representa de forma correcta (cfr. Underhill, 2011: 260).

palabra es neutral con respecto a una función ideológica”, aunque “acompaña y comenta todo acto ideológico” (Volóshinov 2009: 34 y 35). Pero definir la ideología como discurso conlleva tratar la ideología como un objeto que se ha de leer, y aplicarle todo el cuidado interpretativo que puede merecer, como se apuntaba más arriba. Así, debe entenderse desde un punto de vista simbólico, pero también cognitivo. Por ello, Althusser (1969: 234) escribe que

[e]n la ideología, la relación real [entre los seres humanos y su mundo] se invierte de forma inevitable en la relación imaginaria, una relación que expresa una voluntad (conservadora, conformista, reformista o revolucionaria), una esperanza o una nostalgia, en lugar de describir una realidad. Es en esta sobredeterminación de lo real por lo imaginario y de lo imaginario por lo real que la ideología resulta activa en principio.

De ese modo, las declaraciones ideológicas no solo se repiten sino que se configuran y responden. La verdad de una ideología no radica ni en su revelación ni en su ocultación, sino en la unidad contradictoria que conforman. No se trata, dice Althusser, de quitar un disfraz externo para exponer la verdad, sino que lo que se revela tiene lugar en términos de lo que está oculto, y viceversa. La ideología nunca tiene un carácter meramente “instrumental”. De hecho, quienes usan una ideología como vehículo para la acción, acaban descubriendo que “han sido atrapados por ella, implicados por ella, justo cuando la están usando y creen que son dueños absolutos de ella” (1969: 234).

Si, como afirma Althusser, la ideología no tiene para sí misma un exterior, ¿qué ocurriría con la ciencia que para él también es una ideología? ¿Qué podría ser un discurso científico? Si dejamos a un lado el recurso a la lógica simbólica para garantizar el conocimiento, sea positivamente (Círculo de Viena) o negativamente (a través de la falsabilidad, como en Popper), ¿sería factible tratar el discurso científico de modo pragmático como la ideología más conveniente en un momento dado y en una situación determinada, proponiéndose a conveniencia bajo la forma de un “juego” (Wittgenstein) o un “paradigma” sancionado por el consenso de los científicos (Kuhn)?

Por otro lado, el recurso a la idea de ruptura o corte epistemológico, que Althusser toma de G. Bachelard —de acuerdo con el cual, “entre la observación [experiencia común] y la experiencia [científica] no hay continuidad sino ruptura” (Bachelard, 1999: 22)—, nos permite considerar que el discurso ideológico, a diferencia del científico, se dirige a nosotros los seres humanos, pues participa de una realidad subjetiva, mientras que el discurso científico posee una autonomía interna gracias a la interdependencia de los conceptos que configuran su estructura teórica. La innovación y el progreso ocasionan la transformación de marcos conceptuales previos y las transformaciones revolucionarias dan lugar a que anteriores conceptualizaciones se

queden por el camino o sean reformuladas con nuevos constructos teóricos. De acuerdo con ello, el discurso ideológico quedaría como un repositorio de ideas e imágenes no científicas que podrían obstaculizar el pensamiento científico. Y la ciencia se distinguiría de sus orígenes ideológicos al cruzar ciertos umbrales de formalización que distanciarían el discurso científico de la experiencia y de los intereses de los sujetos. Con este sentido, para Althusser, la diferencia esencial entre la práctica ideológica y la práctica científica es que esta última se realiza bajo el control de reglas explícitas o que se pueden explicitar y, por lo tanto, son susceptibles de revisión. Al quedar claro que las declaraciones corresponden a hechos sociales y no afirman nada sobre el valor de verdad de una ciencia particular, no hay razón para rechazar las siguientes afirmaciones del pensador marxista con respecto al modo de producción de conceptos científicos y su relativa autonomía, es decir, la autonomía interna de la ciencia:

[p]orque la práctica [científica] teórica es de hecho su propio criterio, y contiene en sí misma protocolos definidos para validar la calidad de su producto, es decir, los criterios de la científicidad de los productos de la práctica científica. Esto es exactamente lo que sucede en la práctica real de las ciencias; una vez que están verdaderamente constituidas y desarrolladas, no necesitan verificar las prácticas externas para declarar que los conocimientos que producen son “verdaderos”, es decir, que son conocimientos. Ningún matemático en el mundo espera hasta que la física haya verificado un teorema para declararlo probado, aunque áreas enteras de las matemáticas se aplican en física; la verdad de su teorema es ciento por ciento proporcionada por criterios puramente internos a la práctica de la demostración matemática, por lo tanto, por el criterio de la práctica matemática, es decir, por las formas requeridas por la científicidad matemática existente. Podemos decir lo mismo de los resultados de cada ciencia: al menos para el más desarrollado de ellos, y en las áreas de conocimiento que han dominado de modo suficiente, ellos mismos proporcionan el criterio de validez de sus conocimientos, este criterio coincide perfectamente con las formas estrictas del ejercicio de la práctica científica considerada. (Althusser et alii, 2015, Parte I, §17)

En resumen, en el mundo actual, es difícil encontrar una cultura que no tenga ideologías, y una sociedad que no esté controlada por alguna. Sin embargo, por su propia constitución, la ideología no parece ser compatible con la ciencia: en principio, aquella es proclive al fundamentalismo, al autoritarismo, por su rigidez, por su carácter inalterable e incuestionable; ésta es esencialmente revisionista, evolutiva, cambiante y perfectamente cuestionable. De ahí que la relación entre ciencia e ideología pueda resultar problemática, si no conflictiva. Finalmente, el hecho de expresarse a través de un discurso los seguidores de una determinada ideología y los practicantes de una determinada ciencia, no deja las cosas en mejor lugar, pues el discurso ideológico está configurado de tal manera que difícilmente podría aproximarse al discurso científico. De hecho, como queremos mostrar, no puede ser científico.

### 3. IDEOLOGÍA Y APELACIÓN A LA AUTORIDAD

La ideología confiere poder no tanto al lenguaje como a quien lo habla por el hecho de hablarlo. El hablante puede persuadir, seducir, disuadir, rechazar, condenar, convocar, etc., y al hacerlo está dejando traslucir su ideología, y al mismo tiempo su legitimidad para hacerlo (cfr. Alcolea, 2014). Pero, a la vez, quien recibe ese discurso suele aceptarlo de buen grado en razón de que ya participa de esa ideología. De hecho, aquel hablante cuenta con la disposición de su auditorio a ser persuadido porque éste ya ha abrazado sus presupuestos ideológicos. En este sentido, el hablante y su auditorio están perfectamente identificados con su ideología y a través de su ideología, y el discurso no hace otra cosa que repetir un recordatorio de esa identidad. En sentido estricto, no hay nada que argumentar para fijar la persuasión, no hace falta recurrir a la fuerza del mejor argumento, porque no se argumenta ante quien ya está persuadido. Ante quien plantee una impensable discrepancia se le recordará, y se apelará a, la voluntad general o a un bien supremo, se traerán a colación las intenciones recogidas en algún texto fundacional... En resumen, se apelará a una posible autoridad o texto autorizado de forma dogmática y sin visos de ser cuestionable. Así, la función argumentativa del lenguaje, “base de todo pensamiento crítico”, como diría K. Popper (1977: 99), resulta perfectamente prescindible y la “riqueza argumentativa” de un discurso ideológico se ve empañada por simples apelaciones a la autoridad (*argumenta ad verecundiam*), en primera instancia.

Lo anterior arroja luz sobre la forma en que una ideología actúa en el mundo y lo que puede decirse de ella, pero también del carácter del hablante o de su honestidad como presunta autoridad. Sin embargo, ¿no podría interpretarse esta carta de presentación de la autoridad, a través de sus palabras, como una forma de forzar a un interlocutor a que se arriesgue a pecar de falta de modestia cuestionando lo que suele considerarse como incuestionable en el marco de esa ideología?

Es evidente que diferentes ideologías pueden recurrir a diferentes tipos de “autoridad” (un libro, un líder, un experto, etc.) La apelación válida a reconocidas autoridades científicas, pero cuestionables, es un elemento destacado del discurso científico, que no encuentra una fácil extrapolación a cualquier tipo de discurso y menos en el caso del discurso de ideologías populistas, tengan o no una autoridad “legítima”. En este caso, la autoridad es esa persona —que da cuerpo a la ideología y que es la más autorizada para hablar de e interpretar no importa qué aspecto de la doctrina— que puede merecer el respeto, la admiración o la confianza de los partidarios de tal ideología, los cuales se integran en una comunidad, movimiento, partido, clase, grupo, secta, etc.,

bajo una determinada forma de identificación, según recordaba K. Burke (1969: 55), remontándose a la retórica aristotélica<sup>2</sup>. Debe observarse, sin embargo, que ese respeto, admiración o confianza puede depender de ciertos sentimientos de los partidarios en cuestión, los cuales pueden ser proclives a aceptar sin cuestionarlas críticamente las declaraciones de una fuente que parece tener cierta autoridad, aun en el caso de que fuera pertinente el cuestionamiento.

Pero en el discurso ideológico no es infrecuente encontrar apelaciones a las emociones con un doble cometido: sustituir el pensamiento claro, el pensamiento crítico, o explotar los prejuicios o los temores del auditorio. Tales apelaciones permiten motivar el “pensamiento” y la acción al servicio de la ideología, pero también perpetuarla. En este sentido, la armonía entre realidad y supuestos comúnmente aceptados se fuerza en detrimento de aquélla y en beneficio de éstos, de manera que una persona puede hacer las inferencias que considere pertinentes pero que siempre mostrarán cómo son las cosas. Es decir, lo que quedaría en suspenso es la realidad, no la narración de su conexión con lo comúnmente aceptado. En esta línea es frecuente el recurso a metáforas que apoyarían los supuestos argumentos del discurso ideológico. El resultado es que el conjunto de “argumentos” queda integrado, si no diluido, en la totalidad del discurso ideológico.

Ahora bien, según D. Walton y M. Koszowy (2015: 1483), el argumento que apela a la autoridad (epistémica, deóntica, religiosa...), puede ser “peligroso y puede salir mal en algunos casos y ser bastante engañoso como herramienta retórica en las maniobras estratégicas de la argumentación”. Esta es la razón de que sea preciso distinguir entre las instancias falaces y no falaces. La conclusión de este tipo de argumentos solo se puede aceptar con carácter presuntivo y queda sujeta no solo a posteriores indagaciones, evidencias o revisiones, sino también a las cuestiones críticas de rigor. Creemos que es aquí donde radica fundamentalmente el problema en el caso de un discurso ideológico, pues para un agente puede resultar complicado o parecerle inapropiado cuestionar o plantear dudas sobre el argumento en razón de la doctrina que puede emanar del poder de la autoridad a la que podría estar dirigiéndose o con la que podría estar relacionándose o sintiéndose identificado, como indicábamos más arriba. De otro modo, ese agente podría ser considerado un insolente. Pero es más, ¿hasta qué punto es posible hablar de un intercambio argumentativo serio entre dos partes,

---

<sup>2</sup> Señalemos de paso que Burke anota que una ideología es “un tipo de retórica”, en la medida en que “las ideas están tan relacionadas”, de forma implícita o explícita, que inducen “unas elecciones sociales y políticas en lugar de otras” (1969: 88).

cuando una parte es la autoridad y la otra se considera un fiel seguidor o un adepto entregado a la causa<sup>3</sup>, o cuando la autoridad proponente puede presumir que el seguidor no tiene ningún derecho a cuestionar sus argumentos? Tiene razón Walton cuando señala que en los casos más propios del *argumentum ad verecundiam* el coagente que recibe el argumento se siente intimidado por la autoridad y el poder cuasi absoluto del agente emisor (Walton, 1997: 252).

A pesar de todo, y a partir de los comentarios de Walton y Koszowy (2015), ofrecemos aquí una reconstrucción del patrón que podría seguir el esquema para un argumento que apelara a la autoridad para nuestro caso, pero sin la mayor esperanza de que el partidario de una determinada ideología esté dispuesto a aplicar las cuestiones críticas:

Premisa mayor:	A es una autoridad en un discurso ideológico D que contiene la proposición P.
Premisa menor:	A sostiene que la proposición P es verdadera (o falsa).
Conclusión:	P es verdadera (o falsa).

Algunas cuestiones críticas que podrían plantearse:

- CC1: ¿Hasta qué punto es A creíble como autoridad?
- CC2: ¿Es A experta en ese tipo de discurso ideológico D en el que se encuentra P?
- CC3: ¿Qué afirmaciones realiza A que impliquen P?
- CC4: ¿Hasta qué punto es A fiable como fuente?
- CC5: ¿Es P consistente con lo que afirman otras (posibles) autoridades?
- CC6: ¿Se basa la declaración de A en la evidencia?

Pero, además, de atreverse, el agente que recibiera el argumento de la autoridad podría formular estas otras cuestiones críticas:

- CC7: ¿Se encuentra A en una verdadera posición de autoridad?
- CC8: ¿He interpretado correctamente lo que ha declarado A?
- CC9: ¿Acepto el discurso ideológico D de esa autoridad A?
- CC10: ¿Se aplica lo que dice A a mi circunstancia actual?

---

<sup>3</sup> Recuerda A. Cattani (2003: 16) que entre los Diez axiomas para el soldado o Manifiestos ideales, redactados por el polifacético Leo Longanesi, se encontraba el tristemente famoso "Mussolini siempre tiene razón".

#### 4. DISCURSO IDEOLÓGICO

En su sentido ordinario, un discurso tiene, en principio, una forma, una estructura y unas determinadas funciones, aparte de ejercerse en una determinada práctica (cfr. Alcolea, 2011a). Asimismo, contiene los procedimientos y los mecanismos mediante los cuales quienes participan en un intercambio verbal confieren y atribuyen orden, coherencia y significado al discurso. Los métodos del análisis del discurso suelen describir detalladamente las estructuras y estrategias de los discursos, escritos o hablados, en varios niveles: la sintaxis (estructuras formales de las oraciones), la semántica (las estructuras del sentido y la referencia), la pragmática (actos de habla, cortesía, etc.), la interacción y la conversación, los procesos y representaciones mentales de la producción y comprensión del discurso, y las relaciones de todas esas estructuras con los contextos sociales, políticos, históricos y culturales (cfr. J. P. Gee, 2002).

Siguiendo la idea de que el discurso es una práctica social entre personas que interactúan verbalmente o por escrito, el análisis del discurso se ocupa del estudio del discurso escrito y hablado y del uso que los hablantes hacen de la lengua —como evento comunicativo e interactivo— en situaciones concretas y en los contextos referidos. Así, el análisis del discurso estudia la lengua en las actuaciones concretas de agentes concretos a través de tres dimensiones, “el uso del lenguaje, la cognición y la interacción en sus contextos socioculturales” (T. A. van Dijk (Comp.), 2000: 61-62). En todos los niveles del discurso podemos encontrar las huellas del contexto en las que juegan un papel fundamental los rasgos sociales de los participantes —género, clase, etnia, edad, posición u otras formas de pertenencia grupal—, los cuales mantienen una relación dialéctica en el contexto, que siempre es dinámico, y que puede inducir problemas de comunicación y comprensión intercultural, pero también un cambio social (Saville-Troike, 1982, Stubbs, 1993).

Los usuarios de una lengua conocen y aplican estrategias mentales e interactivas en el proceso de producción y comprensión del discurso para que éste sea eficaz (expresión de la intencionalidad) e influya en la conducta del destinatario (estrategias). No podríamos entender el significado, la coherencia, la acción, etc. sin considerar lo que ocurre en la mente de los usuarios de la lengua en las interacciones, y en ello desempeñan un papel fundamental los recuerdos o experiencias personales, las representaciones socio-culturales compartidas (conocimientos, actitudes, ideologías, valores, normas) que tenemos como usuarios de una lengua o como miembros de un grupo (la cognición como interfaz entre discurso y sociedad).

A diferencia de una teoría científica, sin embargo, la ideología se ocupa no tanto de hacernos saber, como de hacernos actuar, de introducirnos en una práctica normalmente colectiva y más o menos perdurable que está al servicio de un determinado poder. Pero ello no significa que el discurso ideológico se limite a impulsarnos. También puede explicar, comprobar, refutar, apoyarse en la historia, en hechos, etc., pues el poder de alguna manera busca justificarse con mayor o menor fortuna, y en la medida de la fuerza de que se sabe poseedor. Por ello, y ante nuestro desconocimiento, cabe preguntarse si el discurso ideológico encierra algo de verdad o de falsedad. Pues si supiéramos que siempre es verdadero, perdería su carácter de ideológico, y sería científico; y si supiéramos que es falso, dejaría —en principio— de ser creíble. Es decir, por irracional que pueda parecernos, un discurso debe contener algo que sea verdad. Lo cual no debe llevarnos a concluir que la ciencia acierte siempre. De donde, la ideología no se opone siempre a la ciencia, como el error a la verdad. El discurso ideológico puede no ser necesariamente falso, pero puede verse trabado para interrogarse sobre su propia verdad. La diferencia —quizás la diferencia más importante entre ideología y ciencia— radica en que el discurso ideológico está al servicio de un determinado poder que lo controla, que lo delimita, que lo tolera, etc., sin que importe que los hechos sean verdaderos o no, o que la historia narrada corresponda a algo que ocurrió, etc., etc. Tanto el poder como la ideología tratan de ocultarse no sólo sirviéndose de un determinado discurso (ideológico), sino detrás de cualquier otro recurso que le venga bien a sus fines (cfr. Alcolea, 2014).

Son muchos los discursos cualificados que ocultan. De ellos se sirven las ideologías que funcionan solo si ocultan las formas y los medios en que se fabrican. Así la burguesía oculta su poder real y exclusivo. El anti-nacionalismo oculta su poder excluyente para dejar latente su propio nacionalismo. El discurso de los medios de comunicación que predicán la libertad de expresión oculta la exclusión de otros medios practicada por quienes detentan los medios económicos que facilitan aquel discurso, por supuesto a veces de manera opaca. También podríamos recurrir a quien elabora su discurso contra la ciencia como siendo producto de la financiación capitalista, o contra la democracia porque bajo ella los ricos se hacen cada vez más ricos. Algunos de estos discursos proceden a veces de ideologías de la izquierda política, que en ocasiones también tiene algo que ocultar. Parte de la terminología conceptual que encontramos en la filosofía de Marx y Engels se ha usado a veces para denotar ambiguamente una determinada realidad, si no para transformarla —una acción—. En este sentido, podemos preguntarnos: durante los últimos cien años, ¿en cuántas partes la “dictadura

del proletariado” no se ha convertido en una “dictadura sobre el proletariado”? (cfr. Reboul, 1986: 57). También podemos interrogarnos sobre el modo de operar la ideología con fines propagandísticos. Así lo dejaba expresado Hannah Arendt:

Lo que distingue a los líderes y dictadores totalitarios es [...] la singular plenitud de propósitos con la que escogen aquellos elementos de las ideologías existentes que más aptos resultan para convertirse en los fundamentos de otro mundo enteramente ficticio [...] Su arte consiste en utilizar y, al mismo tiempo, en superar los elementos de la realidad, de las experiencias verificables, dentro de la ficción elegida, y en generalizarlos en regiones que entonces quedan cerradas a todo posible control de la experiencia individual. Con semejantes generalizaciones, la propaganda totalitaria establece un mundo apto para competir con el real, cuyo principal inconveniente es que no es lógico, no es consistente, ni está organizado. La consistencia de la ficción y la exactitud de la organización consiguen que sea posible que la generalización acabe por sobrevivir a la explosión de mentiras más concretas [...] (Arendt 1979: 361-362).

El discurso ideológico puede denotar ambiguamente una realidad, como acabamos de decir, pero también puede, a veces, crear su propio referente con tan solo ponerle un nombre o crear lazos explicativos entre sucesos que son inidentificables por la razón humana. Es tanto como ver fantasmas donde no los hay. En relación con esto nos encontramos con los presupuestos que se dejan sin expresar con la esperanza de que la persona que recibe el discurso se sienta libre de completarlo, reformularlo o interpretarlo —aunque a veces lo haga de forma inconsciente—, al tiempo que pueda entender que ella misma es una pieza clave del discurso ideológico y de que la ideología le reclama o le necesita. Esto sugiere que la mejor forma de propalar una (parte de una) ideología es no presentarla en el discurso como tal ideología.

Hay, sin embargo, un aspecto de la cuestión que resulta complicado y que podría formularse con la pregunta: ¿cómo se puede evitar el juego de ambigüedad, a veces calculada, del discurso ideológico? Y lo bien cierto es que lo único que nos queda es recurrir a la propia naturaleza del discurso y del lenguaje, e incluso a la ciencia, como posibles medios que nos ayuden a restar fuerza a la ambigüedad y otros graves defectos del discurso ideológico. Por supuesto, con permiso de las ideologías, algunas de las cuales están dispuestas a admitir que en su seno son posibles las verdades científicas. Pero nuestro cometido, ahora, es ver qué condiciones han de darse para que un discurso ideológico pueda ser científico.

(1º) Ha de ser objetivo. Sin la posibilidad de objetividad desaparece la posibilidad de pensar y, así, de discrepar, de criticar y de llegar a saber. A veces, el olvido de la objetividad nos deja a merced de quien detenta el poder ideológico, cuando no de una ideología (cfr. Reboul, 1986: 74).

(2º) Ha de ser consistente. Las contradicciones formales detectables han de ser eliminables, so pena de verse reducido a la auto-aniquilación desde el punto de vista epistémico.

(3º) Ha de ser coherente. Ha de poder ser verdadero, en tanto que contenedor de posibles verdades.

(4º) Ha de ser falsable. Es decir, ha de poder resultar ser falso. Ha de poder ser sometido a todos los posibles desmentidos con que nos encontremos en la experiencia.

(5º) Ha de ser revisable, como señal marcadora de progreso.

(6º) Ha de ser predictivo (o retrodictivo), como señal marcadora de que la ideología se expande.

(7º) Ha de ser analítico, máximamente claro, sobrio o contenido.

No parece que estas condiciones sean un ornato del discurso ideológico. De hecho, es tan sumamente general que puede asimilar cualquier posible refutación u objeción. En este sentido, es poli-interpretable, poli-adaptable, poli-integrador. De donde, su carácter de inalterable e incuestionable. Por otro lado, el portavoz de un discurso deja entrever su pasión, su credo y su situación espacio-temporal. Pero el discurso ideológico suele ocultar su portavoz, actuando de forma impersonal, pues la ideología recoge las creencias de un grupo —genuino portavoz— al servicio de un determinado poder. Por ello, el discurso ideológico no puede ser universal. Ese colectivo ostenta una ideología que puede oponerse a la de otro grupo, mostrando sus intereses e incluso sus pasiones. El autor de un discurso ideológico puede mostrar incluso buena fe, aunque también puede suceder que “actúe de mala fe, que tenga más o menos conciencia de que su conciencia está falseada”. Pero en lugar de decir que sabe que su discurso es falso, resulta más apropiado reconocer que “no quiere saberlo” (Reboul, 1986: 84).

Ha de quedar claro que con el término ideología, nos referimos a toda una serie de cosas diferentes que hacemos con los signos, con las palabras. La expresión “ideología machista”, por ejemplo, es la forma abreviada de una amplia gama de discursos dispersos en el tiempo y en el espacio. Al recurrir al adjetivo “machista” para calificar estos discursos es señalar que tienen algo en común, aunque ese elemento común no tiene que considerarse como algo completamente invariable y que se puede someter a ciertas reglas. Quizás sea más útil seguir la doctrina de L. Wittgenstein (1988) de los aires de familia (*Familienähnlichkeiten*), de una red de rasgos que se entrecruzan en vez de una esencia permanente:

No puedo caracterizar mejor esos parecidos que con la expresión «parecidos de familia»; pues es así como se superponen y entrecruzan los diversos parecidos que se dan entre los miembros de una familia: estatura, facciones, color de los ojos, andares, temperamento, etc. etc. —Y diré: los 'juegos' componen una familia (1988, § 67: 87 y 89).

Ello nos permite concebir la ideología como un fenómeno discursivo que tiene que ver sobre todo con significados, mientras se mantiene como algo social y práctico, por su propia naturaleza.

Pero, además, puede ser útil concebir la ideología no tanto como un conjunto particular de discursos que como un conjunto particular de efectos en el seno de discursos. La ideología machista incluye este discurso particular sobre las relaciones entre hombres y mujeres, sobre la manera de hablar acerca de la mujer y el tipo de expresiones que oímos por doquier. Lo que esta mescolanza de jergas tiene de sexista es menos el tipo de lenguaje que los efectos que produce: por ejemplo, excluyendo o incluyendo ciertas formas de significación, y fijando determinados significantes en una posición de poder. Estos efectos son rasgos discursivos del lenguaje, y lo que se interprete en cada caso dependerá del contexto concreto en que se profiera, y variará de una situación comunicativa a otra. En todo caso, el poder ideológico no se limita al significado, sino que lo empodera, hasta el punto de generar procesos discursivos reales con consecuencias reales, tan reales que pueden influir en las opiniones de las personas sobre temas científicos controvertidos que deberían tratarse con bastante rigor (cfr. S. Steel y Wolters, 2018). Así, todo proceso discursivo está inscrito en relaciones ideológicas, y estará moldeado interiormente por su presión. El propio lenguaje es un sistema relativamente autónomo, compartido por hombres y mujeres, pero precisamente porque forma la base común de todas las formaciones discursivas, se convierte en el medio de conflicto ideológico. El problema sería entonces estudiar cómo se vinculan los elementos de una formación discursiva concreta para formar procesos discursivos con referencia a un contexto ideológico. Pero la posición de una formación discursiva —incluyendo su contexto ideológico— suele quedar “oculta” al hablante individual hasta el punto que los significados del hablante le parecen obvios y naturales, como si él mismo fuera autor de su propio discurso. Y es que la ideología consiste esencialmente en “fijar” el proceso de significación en torno a ciertos significantes dominantes, con los que el sujeto individual puede identificarse. El propio lenguaje es infinitamente productivo. Pero esta productividad incesante puede detenerse de modo artificial en el mundo cerrado de la estabilidad ideológica, que rechaza las fuerzas desorganizadoras y descentradas del lenguaje en nombre de una unidad imaginaria,

como diría Althusser. De este modo, la ideología no es tanto un conjunto estático de ideas como un conjunto de efectos complejos internos al discurso.

Si todo lenguaje expresa intereses concretos, resultaría que todo lenguaje es ideológico. Pero, como ya hemos visto, el concepto ideología no se restringe a un “interesado” o a la producción de efectos persuasivos. Se refiere sobre todo a los procesos a través de los cuales se enmascaran, racionalizan, naturalizan y universalizan cierto tipo de intereses, legitimándolos en nombre de determinadas formas de poder o dominación que pueden llegar a imponer una visión del mundo, como señala P. Bourdieu (2000).

## 5. DIFERENCIA ENTRE DISCURSO IDEOLÓGICO Y DISCURSO CIENTÍFICO: ¿POR QUÉ EL DISCURSO IDEOLÓGICO NO PUEDE SER CIENTÍFICO?

La ciencia y la ideología tienen muchas y profundas diferencias entre sí, pero también algunas semejanzas (Bunge, 1985: 136). Sin embargo, éstas no tienen un peso tan destacado como aquéllas, y muy especialmente por lo que respecta a nuestro objetivo de presentar ahora un conjunto de razones que avalarían la imposibilidad de que el discurso ideológico sea científico:

(1) El discurso ideológico versa fundamentalmente sobre creencias más amparadas en emociones que en creencias justificadas, como ocurre con el científico.

(2) Mientras que el discurso ideológico carece de soporte universal, el científico no encuentra lugar donde no pudiera ser aceptado.

(3) El discurso ideológico suele aceptarse con bastante facilidad, dado que las personas suelen estar dispuestas a creerlo casi todo, de forma acrítica, pues el tipo de creencias que conlleva suelen ser contagiosas. Por el contrario, el discurso científico es más limitado en su alcance, y su recepción y aceptación no suele (ni debe) ser inmediata o directa.

(4) El discurso ideológico pretende ser crítico. Intenta recurrir de forma aparente a argumentos racionales para refutar. Por el contrario, el discurso científico no puede no ser crítico y no apelar a la racionalidad (cfr. Alcolea, 2018).

(5) El discurso ideológico suele ser partidista, parcial y polémico en las declaraciones que contiene. Por el contrario, el discurso científico no puede ser partidista, aunque no evite la polémica (ideológica o científica).

(6) El discurso ideológico suele ser dogmático, aunque no lo admita y lo disimule.

Por el contrario, y aunque pueda aceptar algún dogma con carácter transitorio y pendiente de ser sometido a crítica, el discurso científico ha de ser anti-dogmático por su propia constitución.

(7) El discurso ideológico busca vencer, imponerse, con razones, pruebas o presiones (desde la seducción hasta la violencia, si cabe), con la censura o el ocultamiento. Por el contrario, el discurso científico está sometido al tribunal de la razón, de las pruebas, sin presiones, y de forma abierta a la crítica y la revisión por otros discursos científicos alternativos.

(8) El discurso ideológico suele versar acerca de objetos o de alguna de sus supuestas propiedades, cuya existencia rara vez puede establecerse con medios científicos. El discurso científico suele anclarse en la existencia de objetos y de sus propiedades, al estudio de cuya realidad se dedica la ciencia.

(9) La filosofía<sup>4</sup> que a veces puede encontrarse en el discurso ideológico no suele ser de corte científico y, en todo caso, no sería reconocible como tal por la filosofía de la ciencia.

(10) El discurso ideológico no puede prescindir de la autoridad, a la que puede considerar científica e incluso razonable, pero casi siempre de forma incuestionable. El discurso científico basa su alcance en la idea de que toda autoridad es cuestionable.

(11) Si en un discurso ideológico se acude a algún tipo de revelación más o menos mística para sentar sus objetivos en todo o en parte, se autoexcluye como discurso científico.

(12) La apelación a seres inmateriales por parte de algún discurso ideológico sin demostrar su existencia y la necesidad de su introducción, le impide ser considerado como un discurso científico.

(13) Un discurso ideológico que no someta a leyes cuanto acontece o los fenómenos a que pueda referirse, no puede ser científico.

(14) Quien presenta un discurso ideológico con pretensiones de científicidad no

---

<sup>4</sup> El fascismo italiano estaba anclado en una filosofía vitalista y de la acción. Uno de sus proponentes fue Giovanni Gentile, filósofo y ministro de educación con Mussolini, quien en 1929 afirmaba que el fascista “concibe la filosofía como filosofía de la práctica (praxis) [...] una filosofía que no se piensa, sino que se hace. Por ello, se anuncia y se afirma no con fórmulas, sino con la acción. Si recurre a fórmulas, les atribuye el mismo valor que a las acciones, en la medida en que se espera que produzcan, no palabras vacías, sino efectos prácticos” (2002: 33-34).

debe dejarse llevar por intereses privados.

(15) Quien presenta un discurso ideológico con pretensiones de científicidad debe dar muestras de que busca la verdad de manera desapasionada.

(16) Quien presenta un discurso ideológico con pretensiones de científicidad debe mostrarse en sus declaraciones como una persona completamente anti-dogmática.

(17) Un discurso ideológico que carezca de rigor y abuse de la ambigüedad, no puede ser científico.

(18) Un discurso ideológico que apele más a las emociones que a la lógica, no puede ser científico.

(19) Un discurso ideológico que se centre en cuestiones ordinarias o cotidianas, no puede ser científico, toda vez que la ciencia, para ser tal, ha de ir más allá de lo puramente cotidiano.

(20) Un discurso ideológico que se centre en las simples apariencias<sup>5</sup>, no puede ser científico, toda vez que la ciencia tiene como misión ir, precisamente, más allá de las apariencias.

(21) Un discurso ideológico puede ser acerca del todo y, en ese caso, no podrá ser científico, ya que no hay una ciencia del todo ni el sentido de poder justificar todas sus pretensiones de conocimiento, ni poder explicar todos los posibles fenómenos.

(22) Un discurso ideológico que se centre en cuestiones prácticas más que teóricas, no puede ser científico, pues la ciencia no es tal sin un marco teórico.

(23) Un discurso ideológico que se oriente a fines prácticos está reñido con la ciencia, cuyos fines son eminentemente epistémicos.

(24) El discurso científico tiene en cuenta que la ciencia contiene teorías y leyes. El discurso ideológico suele prescindir de este marco teórico.

(25) El discurso científico tiene en cuenta que la ciencia tiene como objetivo describir, explicar y predecir. El discurso ideológico solo espera confirmaciones conservadoras.

(26) Un discurso ideológico se orienta a la acción, mientras que un discurso

---

<sup>5</sup> Apariencias encontramos en los discursos ideológicos que niegan la igualdad fundamental de los seres humanos, declarando, por ejemplo, la superioridad de los hombres sobre las mujeres o la de algunos grupos humanos identificables por el color de su piel sobre otros grupos. Con ello solo extienden los prejuicios y la intolerancia, ajenos a cualquier pensamiento crítico.

científico se orienta, sobre todo, a la reflexión y a la comprensión. La acción, si tiene sentido en la ciencia, lo es en el laboratorio.

(27) Un discurso ideológico sustentado en mitos<sup>6</sup>, no puede ser científico, pues uno de los papeles de la ciencia es deshacer o desbancar mitos.

(28) Un discurso ideológico está pre- y auto-determinado en lo que pretende sustentar y en su sentido, y así no puede ser científico, pues un discurso científico siempre está abierto por su propia constitución.

(29) Un discurso ideológico puede ser circular, mientras que un discurso científico no puede permitirse ser circular.

(30) Un discurso ideológico puede ocultar sus verdaderas intenciones y sus verdaderos objetivos, mientras que un discurso científico deja a un lado la intencionalidad y saca a la luz sus genuinos objetivos.

(31) Un discurso ideológico suele negar la legitimidad de sus rivales, mientras que un discurso científico puede alentar la existencia y la legitimidad de rivales.

(32) Un discurso ideológico puede tratar de dar cuenta de procedimientos o métodos cuya eficacia no ha sido contrastada científicamente, un aspecto nuclear de la ciencia.

(33) En la medida en que puede referirse a acciones que no encontramos en la ciencia, un discurso ideológico no puede ser científico.

(34) Un discurso ideológico mal o bien entendido o un discurso científico mal entendido pueden alentar una determinada ideología. Un discurso científico bien entendido no podrá alentar una ideología, pero sí a la ciencia.

(35) Un discurso ideológico puede versar sobre valores (ideológicos) prácticos y extrínsecos, en la medida en que refieren a objetos no propios de la correspondiente ideología. Frente a ello un discurso científico puede referir a valores intrínsecos (ideas o procedimientos científicos) y epistémicos (verdades científicas).

(36) Mientras que puede haber un discurso científico de la ideología y del propio discurso ideológico, en la medida en que pueden ser estudiados por una ciencia (social), lo inverso es difícilmente el caso. Sin embargo, la ciencia se puede estudiar a sí misma

---

<sup>6</sup> Y ello prácticamente en ninguno de los sentidos de la palabra mito, según la Real Academia Española. Basta con recordar el mito de la superioridad de la raza aria o el "mito de Hitler" como estrategia manipuladora de Goebbels para poner en práctica los objetivos ideológicos nazis (cfr. I. Kershaw, 2003).

dando como resultado más ciencia (ciencia de la ciencia, metamatemática...).

## 6. CONCLUSIÓN

El término “ideología” contiene una amplia serie de acepciones históricas, desde el amplio sentido de la determinación social del pensamiento, hasta la idea bastante estrecha del despliegue de ideas falsas en interés directo de la clase dominante. Con frecuencia se refiere a la manera en que los signos, significados y valores contribuyen a reproducir un poder social dominante. Pero esto también puede denotar cualquier fusión significativa entre discurso e intereses políticos. Aunque ambos sentidos tienen sus usos, el primero podría entenderse de forma peyorativa, mientras que el último podría serlo de forma más neutral.

La concepción racional de la idea de ideología como sistemas de creencias conscientes y bien articulados no es claramente suficiente, pues pasa por alto las dimensiones afectiva, inconsciente, mítica o simbólica de la ideología, o la manera en que constituye las relaciones experimentadas por el sujeto ante una estructura de poder y que acaban por teñir su propia vida. Pero si la ideología es, en este sentido, un discurso fundamentalmente realizativo, retórico o pseudo-proposicional, esto no quiere decir que carezca de un importante contenido proposicional, o que proposiciones como las que formula, incluidas las morales y normativas, no puedan evaluarse por lo que respecta a su verdad o a su falsedad. Es más, una ideología, aparte de entenderse como un conjunto de proposiciones, también puede tomarse como un recurso argumentativo, como un conjunto de razones para aceptar aquellas proposiciones. Parte de lo que dicen las ideologías puede ser verdadero, pues de lo contrario serían ineficaces. Sin embargo, también contienen muchas proposiciones decididamente falsas. Y ello menos por una cualidad inherente a su propio discurso que por las distorsiones a las que suelen verse forzadas en su intento de ratificar y legitimar sistemas de creencias injustos y opresivos. No va desencaminado Reoul al escribir que “la ideología no dice jamás la razón verdadera de lo que dice” (1986: 52).

Las ideologías dominantes suelen recurrir a mecanismos como la unificación, la falsa identificación, la naturalización, el engaño, el autoengaño, la universalización y la racionalización. Pero no lo hacen de forma universal en la medida en que no pueden poseer una característica invariable. Estamos menos ante una posible esencia de la ideología que ante una red solapada de “aires de familia” entre diferentes estilos de significación, como hemos apuntado. Estas perspectivas contienen un núcleo de verdad; pero tomadas aisladamente resultan parciales. La concepción sociológica de

que la ideología constituye algo así como el cemento de una formación social, o la proyección cognitiva que orienta a sus agentes en la acción suele vaciar el concepto de ideología de todo conflicto y contradicción.

La ideología no se traduce simplemente en un conjunto de discursos más o menos difusos, pero tampoco se reduce a un pensamiento desconectado. Por el contrario, figura como una fuerza social organizadora que constituye a los seres humanos en su experiencia vivida y pretende dotarles de formas de valor y creencia relevantes para sus tareas sociales concretas y para la reproducción o la transformación general del orden social. Pero esos sujetos se constituyen siempre de manera conflictiva y precaria; y aunque la ideología se centre en los sujetos, no puede reducirse a la cuestión de la subjetividad. Al mismo tiempo, la ideología no es el simple efecto expresivo de intereses sociales objetivos; pero tampoco todos los significantes ideológicos se ven libres de estos intereses. Las relaciones entre discursos ideológicos e intereses sociales son complejas y variables, y en ocasiones es apropiado hablar del significante ideológico como manzana de la discordia entre fuerzas sociales en conflicto, y en otras como cuestión más de relaciones internas entre modos de significación y formas de poder social. La ideología contribuye a la constitución de intereses sociales, en vez de reflejar pasivamente posiciones dadas de antemano, pero no crea estas posiciones por su propia omnipotencia discursiva.

La ideología tiene que ver con el discurso más que con el lenguaje (cfr. Reboul, 1986: 34). Es decir, tiene que ver más con ciertos efectos discursivos concretos, que con la significación como tal. Representa los puntos en que el poder incide en ciertas preferencias y se inscribe tácitamente en ellas. Pero no por ello ha de identificarse con cualquier forma de partidismo discursivo, habla interesada o sesgo retórico. Antes bien, el concepto de ideología pretende revelar algo de la relación entre una preferencia y sus condiciones materiales de posibilidad, cuando se consideran dichas condiciones de posibilidad a la luz de ciertas luchas de poder para la reproducción de toda una forma de vida social. Esta es la razón de que aquí hayamos tomado —nosotros, como muchos teóricos— la ideología como una modalidad de discurso social, secular y racional, bajo el cual subyace un sistema de creencias a veces obvias, socialmente compartidas, relativamente estables y de naturaleza axiomática (cfr. Van Dijk, 1999: 141). Aunque la adquisición y legitimación de estas creencias transcurre de forma discursiva, el discurso no es el único medio para expresarlas, pues los partidarios de la ideología pueden recurrir a otras prácticas sociales para representarlas e incluso expresarlas.

Sin embargo, ni el poder de la clase dominante, ni la concepción racional de la ideología, ni su carácter unificador o universalizador, ni su fuerza social organizadora,

ni su consideración como una forma de discurso social, secular y racional de carácter más o menos axiomático y con pretensiones de legitimidad pueden llevarnos a pensar que es un discurso científico, como hemos querido poner de relieve con este trabajo.

## REFERENCIAS

- Alcolea, J. (2011a): "Discurso, análisis del". En L. Vega y P. Olmos (eds.), *Compendio de lógica, argumentación y retórica* (pp. 207-210). Madrid: Trotta.
- Alcolea, J. (2011b): "Intertextualidad". En L. Vega y P. Olmos (eds.), *Compendio de lógica, argumentación y retórica* (pp. 318-320). Madrid: Trotta.
- Alcolea, J. (2014): "Discurso público y manipulación: el caso de *Julio César*". *Contrastes. Revista Internacional de Filosofía*, 19, n. 2, 379-398.
- Alcolea, J. (2018): "How to be a critical but reasonable debater: Suggestions for critically addressing pseudoscientists and other similar groups". *Mètode. Science Studies Journal*, 8, 197-202.
- Althusser, L. (1969). "Marxism and Humanism". En *For Marx* (pp. 221-247). Londres: Verso.
- Althusser, L. (1974): *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Althusser, L. et alii (2015): *Reading Capital: The Complete Edition*. Londres: Verso.
- Arendt, H. (1979): *Origins of Totalitarianism*. New edition with added prefaces. Nueva York: Harcourt, Brace & World. (La edición española, *Los orígenes del totalitarismo*, 3ª parte, Madrid, Taurus, 1974, es un poco deficiente)
- Bachelard, G. (1999): *La formación del espíritu científico*. México: Siglo XXI.
- Berger, B. (1967): "Vilfredo Pareto and the Sociology of Knowledge". *Social Research*, 34, n. 2, 265-281.
- Bourdieu, P. (2000): *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Bunge, M. (1985): *Pseudociencia e ideología*. Madrid: Alianza.
- Burke, K. (1969). *A Rhetoric of Motives*. Berkeley, CA: University of California Press.
- Cattani, A. (2003): "Las reglas del diálogo y los movimientos de la polémica". *Quaderns de filosofia i ciència*, 32/33, 7-20.
- Eagleton, T. (1997): *Ideología. Una introducción*. Barcelona: Paidós.
- Ferrater Mora, J. (1994a): "Ideología". En *Diccionario de Filosofía*. Tomo II (E-J) (pp. 1748-1753). Nueva edición revisada, aumentada y actualizada por Josep-Maria Terricabras, supervisión Priscilla Cohn Ferrater Mora. Barcelona: Ariel.
- Gee, J. P. (2002): *An Introduction to Discourse Analysis: Theory and Method*. Londres: Routledge.
- Gentile, G. (2002): *Origins and Doctrine of Fascism*. New Brunswick, NJ: Transaction Publishers.
- Kershaw, I. (2003): *El mito de Hitler: imagen y realidad en el Tercer Reich*. Barcelona: Paidós.
- Pareto, V. (1935): *The Mind and Society*. Vol. I. *Non-Logical Conduct*. Nueva York: Harcourt, Brace & Co.
- Pigliucci, M. (2010): *Nonsense on Stilts. How to Tell Science from Bunk*. Chicago, IL: The University of Chicago Press.
- Popper, K. R. (1977): *Búsqueda sin término*. Madrid: Tecnos.
- Reboul, O. (1986): *Lenguaje e ideología*. México: FCE.
- Saville-Troike, S. (1982): *The Ethnography of Communication: An Introduction*. Oxford: Blackwell.
- Steel, B. S. y Wolters, E. A. (2018): *When Ideology Trumps Science. Why We Question the Experts on Everything from Climate Change to Vaccinations*. Santa Barbara, CA: Praeger.
- Stubbs, M. (1987): *Análisis del discurso: análisis sociolingüístico del lenguaje natural*. Madrid: Alianza.
- Tracy, Destutt de (1818): *Éléments d'Idéologie*. Troisième partie, *Logique*. Paris: Mme Ve Courcier. (Hay traducción española de las tres primeras partes de los *Éléments*, bajo el nombre *Elementos de verdadera lógica, compendio ó sea extracto de los Elementos de Ideología*. Madrid: Imprenta de Don Mateo Repullés, 1821).
- Underhill, J. W. (2011): *Creating Worldviews. Metaphor, Ideology and Language*. Edimburgo:

- Edinburgh University Press.
- Van Dijk, T. A. (1999): *Ideología. Un enfoque multidisciplinario*. Barcelona: Gedisa.
- Van Dijk, T. A. (Comp.) (2000): *El discurso como estructura y proceso. Estudios del discurso: introducción multidisciplinaria, vol. 1*. Barcelona: Gedisa.
- Volóshinov, V. N. (2009): *El Marxismo y la filosofía del lenguaje*. Buenos Aires: Godot Argentina.
- Walton, D. N. (1997): *Appeal to Expert Opinion: Arguments from Authority*. Pennsylvania Park, PA: Pennsylvania State University Press.
- Walton, D. N. & Koszowy, M. (2015): "Two kinds of arguments from authority in the *ad verecundiam* fallacy". En B. Garssen et alii. (eds.) *Proceedings of the 8th Conference of the International Society for the Study of Argumentation (1483-1492)*. Amsterdam: Sic Sat.
- Wittgenstein, L. (1988): *Investigaciones filosóficas*. Barcelona-México: Crítica-UNAM.

**AGRADECIMIENTOS:** Parte de este trabajo —financiado por Ministerio de Ciencia e Innovación con el proyecto de investigación FFI2014-53164-P— se presentó en el Congreso Internacional de Pensamiento Crítico y Divulgación Científica, Ciencia e Ideología, Valencia, 6-7 marzo de 2018. Nuestra gratitud a las personas que nos ayudaron a mejorarlo, entonces, con importantes comentarios, y a las observaciones de dos revisores que nos han permitido salvar algunos desaciertos.

**JESÚS ALCOLEA BANEGAS:** Decano de la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación. Catedrático del área de Lógica y Filosofía de la Ciencia a la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación de la Universitat de València. Ha impartido docencia en los títulos de Filosofía, Matemáticas, y Educación Social, en el Máster universitario en Pensamiento Filosófico Contemporáneo, y en el Máster interuniversitario en Lógica y Filosofía de la Ciencia. Tiene reconocidos 6 quinquenios de docencia y 4 de investigación, y ha participado en más de una docena de proyectos de investigación. Ha dirigido 7 tesis doctorales y 8 trabajos de investigación y de fin de máster, y ha publicado y editado libros y numerosos trabajos en congresos nacionales e internacionales, y artículos en revistas especializadas. Su tarea investigadora se centra, particularmente, en la Filosofía de la Matemática y en la Teoría de la Argumentación.